

ESPERANZA

Pseudónimo: Alma

Queridos Reyes Magos.

Sé que es egoísta pedir un regalo a mi edad, pero quizás con ello podríais curar mi alma que está hecha pedazos. Lo que voy a pedir es un regalo muy valioso aunque soy consciente que probablemente no podrán hacer que se obre el milagro, pero al menos confío en que leerán mi misiva. Será más de la atención que recibo desde hace años.

Sé que no pueden hacerme regresar a la época en que mi hijo me cogía de la mano, a la época en que sonreía de oreja a oreja cuando lo iba a buscar al colegio, en la que leíamos cuentos y reíamos juntos, y cantábamos y saltábamos, y hacíamos fuertes con sillas y sábanas.

Ahora que es adolescente lo anhele teniéndolo en casa. No levanta la vista de las pantallas, me trata con desprecio, me evita y siempre está airado. Se cree que lo sabe todo y lo veo con tanta prepotencia, despotismo e ignorancia. Yo a ser así no lo eduqué.

Ahora que estamos separados en un mismo espacio daría lo que fuera por tan solo un sentido abrazo, por un te quiero pese a todo, que ya no sé ni lo que es ni cómo suena. Sé que es mucho lo que pido en la situación en que nos encontramos, de distantes, porque aunque yo aún le propicio palabras cercanas y cariñosas, rebotan en un muro y vuelven en forma de más amargura.

Pero confío en que como ustedes son magos, quizás obren el milagro.

Gracias anticipadas por si leen mi carta, y si además pueden ayudarme a mí o a alguna otra madre desesperada, que también lo merecerá, habrán concedido felicidad a corazones apenados que necesitan un poco de luz.

Gracias porque en el fondo aún creemos en la magia.

Afectuosos saludos.

Queridos Reyes Magos de Oriente:

Soy Eduardo.

Todos los años, desde hace más de sesenta, os he escrito por estas fechas para pedir os regalos y deseos.

Cuando fui niño, me traíais juguetes. El primero que recuerdo fue una escopeta con flechas de goma con la que se disparaba a un conejo que se movía de un lado a otro. Lo disfruté de lo lindo jugando con mi hermano mayor.

En otra ocasión un mecano con el que construí una grúa con sus poleas y algo que parecía un robot. Un estuche con piezas de colores y tamaños diferentes: rectangulares, cuadradas, trapezoidales y curvas que, poniéndolas unas encima de otras, hacía casas y puentes. Regalos muy chulos.

Pero no todo fue bonito. Un año os pedí un scalextric que había visto en televisión, donde los coches iban a gran velocidad por una pista elevada casi un metro del suelo. Sin embargo, lo que recibí fue una caja con piezas para construir un pequeño circuito con forma de “cero” y dos coches que en lugar de ser de carreras eran Seat 600.

Lo peor llegó con ocho años. Me enviasteis un caballo de plástico con ruedas, tirado por una cuerda; podría haber sido para un niño de cinco y, además, no lo había pedido. Fue tal mi decepción que dejé de creer en vosotros.

Durante la adolescencia y juventud no quería escribiros, pero mis padres me obligaban a hacerlo. Sabía que vosotros no me enviabais los regalos, lo hacían ellos.

Cuando tuve veintiocho años me casé y en las primeras Navidades no os escribí. El mismo día cinco de enero fuimos a casa de mis padres a tomar el roscón que lleva vuestro nombre y en el trozo que tomé estaba el haba. Toda la familia empezó a decir que os pidiese un deseo como es tradición. Meses después nació mi hija, Rocío. Se había cumplido mi deseo, pero no lo recordaba.

Mientras la niña fue pequeña, mi mujer y yo comprábamos juguetes y los poníamos como si fueran vuestros. Un día, con cuatro años, Rocío llegó del colegio y me dijo: “como ya se las letras, ¿me puedes ayudar a escribir una carta a los Reyes Magos?”

- ✓ Por favor, por favor, una bici
- ✓ Una muñeca de trapo como la de la tele
- ✓ Un boli de varios colores
- ✓ Una pelota para jugar con mis padres
- ✓ Un yo-yo para mi edad
- ✓ Un libro de cuentos
- ✓ Para mi madre un cepillo del pelo y para mi padre un peine

Al terminarla me hizo que la acompañara a un buzón para enviarla.

Decidimos que la bicicleta no la compraríamos hasta el año siguiente porque se le iba a quedar pequeña en muy poco tiempo. Para que no se frustrara, le dijimos que vosotros no siempre traéis lo que se pide porque hay que repartir juguetes entre muchos niños.

La noche del cinco de enero pusimos los regalos. Por la mañana nuestra hija vino a despertarnos montada en una bicicleta gritando que había más regalos para todos. Miré a mi mujer y le pregunté por qué la había comprado sin decírmelo. Me respondió que ella no había sido. No comprendíamos nada.

Entonces pensé que solo podría haber sido mi padre que era muy dado a dar sorpresas. Le llamé por teléfono.

- No hijo, yo no he sido, dijo. Habrán sido los Reyes Magos directamente.
- ¡Papa! ¡Qué cuentos me dices!
- Los Reyes Magos traen regalos y cumplen los deseos de los que creen en ellos. Si no, son los padres los que se ocupan de hacerlo.
- ¡Eso me has estado diciendo toda la vida!, pero siempre erais tú y mamá quien los comprabais.
- Pues eso, piénsalo.

Desde entonces han pasado muchos años y os he escrito cada uno de ellos. Me habéis traído regalos y hecho realidad muchos deseos.

Este año os escribo de nuevo. Estoy enfermo y será la última carta. No quiero pedir os nada, si no daros las gracias por hacerme feliz, por la escopeta de flechas, por el mecano, por mi hija y hasta por el scalextric.

Título: El pequeño Cervantes

Pseudónimo: Rueca

Apreciados Melchor, Gaspar y Baltasar:

Quizás les sorprenda mi carta, pues cuento con tan solo diez años, aunque dicen mis vecinos que tengo inquietudes poco propias de esta etapa. He escuchado cómo mi hermano Rodrigo hablaba con misterio sobre tres importantes astrónomos que visitaron al hijo de Dios en un pesebre, siguiendo una estrella, y he conseguido, tras mucho investigar, dar con el nombre de Sus Majestades, confiando en que mis deseos puedan ser escuchados y, algún día, cumplidos.

Quiero contarles que, cuando nadie me ve, me escondo bajo una mesa e invento mis propias historias. ¡Algún día seré un gran escritor y tendré muchas riquezas! Mi sueño es publicar todas mis poesías y novelas. Ese día no tendré que avergonzarme por imaginar molinos de viento que se convierten en gigantes y los personajes de mis aventuras cobrarán vida en las cabezas de millones de personas...

Solo necesito tiempo, una pluma nueva y papel de buena calidad. Algo dentro de mí me dice que he nacido para esto, para entretener, para dejar volar mi imaginación como un pájaro en primavera.

Les ruego acepten esta misiva como si de una plegaria se tratara. Tienen en sus manos mi ilusión.

Espero su respuesta mientras miro al negro techo que nos cubre en la noche, por si su estrella pudiera guiarme también a mí.

Atentamente,

Miguel de Cervantes Saavedra

TIEMPO

María Bertrán

Queridos Reyes Magos:

Este año os pido que, de vez en cuando, detengáis un poco el tiempo. De repente, se me escapa la vida y no sé cómo pararla. Lo intenté todo. Ralentiqué mi paso y alargué los días robándole horas a las noches, pero la velocidad no disminuyó. A veces voy al parque y me siento en un banco a comprobar si las vidas de los demás van al mismo ritmo que la mía. Después de un estudio fidedigno puedo deciros, sin ninguna posibilidad de error, que sí. Incluso percibí que el compás de los demás es más frenético que el mío, lo que me pareció un auténtico disparate.

Por eso lo de pedir os más tiempo. Una pizca nomás, pero suficiente para atrapar nuevos atardeceres sorprendentes; coger la mano del que me la pidió antaño; plantar besos y versos sin descanso; columpiar sonrisas y acunar la melancolía. Quiero mar, belleza y fuego. Quiero tiempo.

Este es mi deseo, queridos Magos, que me traigáis unos zapatos nuevos con los que empezar a caminar distinto, con los que andar por la vida despacio y sintiendo el extraordinario milagro que es estar viva.

Muchas gracias.

María

P.D. Como siempre, os dejo leche para los camellos en el garaje.

Queridos Reyes Magos,

Os escribo con el alma desgarrada por el dolor y sumido en la más profunda desesperación. Sólo vosotros podéis aligerarme de esta terrible carga que arrastro, invisible a los ojos de los demás, pero insoportable para quien la lleva.

Mi hora está próxima, pero antes de que la muerte me dé su gélido abrazo debo hacer una cosa más, de gran importancia, y por ello acudo a vosotros. Sé que no tengo derecho a pedir tal cosa, y entendería que no quisierais ayudarme, pero confío en que cuando os explique mis motivos, no dudareis en hacerlo.

Mi camino no ha sido fácil. Gran parte lo he recorrido solo, y en los momentos más duros he tenido que hacer cosas de las que ahora me arrepiento profundamente. La experiencia me ha enseñado que las malas decisiones tomadas en el pasado, terminan pasando factura. En mi juventud viví una horrible pesadilla, y cuando peor estaba, apareció ella. Fue como si un hermoso ángel hubiese descendido del cielo para ayudarme con su eterna generosidad, protegiéndome de todo mal. Todavía hoy me cuesta ver las razones que la llevaron a fijarse en alguien como yo. En aquella época, ejercía de voluntaria en una organización que ayudaba a personas adictas a la heroína a sobrellevar su adicción con dignidad, tratándolas como enfermas y no como marginados de la sociedad. Así fue como la conocí, cuando me entregó mi dosis de metadona.

Desde aquel día comenzó a pasar más tiempo conmigo. Pensaba que lo hacía por lástima, pero los meses transcurrieron y al final terminamos enamorándonos el uno del otro. Con su firmeza inquebrantable e inagotable paciencia, me ayudó a superar la adicción. Los años siguientes fueron maravillosos, los mejores de mi vida. No sólo me devolvió las ganas de vivir sino que hizo de mí una persona distinta, más responsable y, sobre todo, muchísimo más feliz. Me dio una nueva vida, una segunda oportunidad, cuando creía que todas las puertas se habían cerrado para mí.

Pero los caprichos del destino son incompresibles, y cuando más felices éramos, un conductor ebrio, que no vio la luz roja del semáforo, la apartó de mi vida. Los buenos momentos no duran para siempre, pero nunca pensé que el nuestro terminaría tan rápido

y de aquella manera tan trágica. Siempre he pensado que si alguien debía de pagar por sus pecados ese era yo, y no ella que nunca hizo ningún mal a nadie.

La amaba muchísimo, con todo mi ser, pero nunca tuve la valentía de decírselo, y eso es algo que no me lo he podido perdonar.

Me queda muy poco tiempo de vida. La semana pasada me diagnosticaron un cáncer de páncreas en estado avanzado, sin posibilidad de cura. Ni un milagro podría salvarme, por lo que he decidido poner mis asuntos en orden; pero lo más importante de todo no puedo hacerlo solo.

Os pido perdón si mi lenguaje es demasiado directo y no es lo suficientemente respetuoso como para dirigirme a vosotros, pero mi escasa formación y la urgencia del asunto me obligan a actuar con rapidez, sin tiempo para buscar las palabras adecuadas que debería emplear. La cuestión es que el Diablo ya me habrá reservado una habitación en su morada, por lo que cuando abandone este mundo mi alma no se encontrará con el de mi amada. Irremediablemente nuestros caminos tomarán rumbos opuestos en el más allá. Ella, que ya recorrió el suyo, estará ahora en el paraíso gozando de una paz infinita y de la felicidad absoluta. Mi alma, en cambio, aterrizará en el infierno, hogar del Maligno, y será torturada eternamente por alguno de sus grotescos sirvientes. Pero no es mi destino lo que me preocupa, lo que verdaderamente me atormenta es que no fui capaz de expresarle mis sentimientos antes de que abandonara este mundo terrenal.

Ahora que ya conocéis el motivo de mi angustia, espero que comprendáis la desesperación que me ha llevado a implorar vuestro auxilio. El favor que os pido no es para mí, sino para ella, por todo el bien que hizo en vida y por lo poco que recibió a cambio. No quiero ningún regalo. Lo que necesito solo podéis hacerlo vosotros y es que le entreguéis un mensaje que le haga saber aquello que tenía que haberle confesado cuando aún estaba conmigo. El mensaje es el siguiente: “Mi amor, quiero que sepas que te quise más que a nada en esta vida y seguiré queriéndote siempre, incluso después de la muerte. Nuestros caminos jamás volverán a cruzarse, pero pensando en los maravillosos momentos que pasamos juntos, fortaleceré mi alma para resistir lo que el destino me tenga preparado. Una vez me salvaste la vida, y tras mi muerte, tu recuerdo me ayudará a soportar la angustia del castigo eterno. El tiempo no ha conseguido mitigar el dolor que me produce tu ausencia, pero me reconforta pensar que cuando estas palabras lleguen a ti sabrás lo mucho que te amé y que jamás te olvidaré.”

GERMINAR LA SEMILLA

Seudónimo: Humanidad

Madre tierra, mes alfa y omega, de indistinto año

Reflexiono, apreciados artífices lectores de los cielos en la tierra de Nazaret: El sonido de la arena en el reloj del tiempo, devela el sumergir del sentir infinito, otorgando solo rastros en aromas de pensamientos plasmados en pergaminos eternos.

Fue, la semilla dispuesta a la grandeza de la vida, sembrada en el interior de la humanidad, quien, con la gracia del libre albedrío, podría hacerla manifiesta a voluntad.

Amigos magos del tiempo, conocimos del ensueño de la realización del humano, una perfección orgánica con latidos capaces de resonar hasta los extremos más inverosímiles del universo. Obraron la tierra, construyeron casas para formar hogares, organizaron sociedades, conocieron de artes, cual la escrita, dilucidando lo abstracto y tangible con revelación creativa; palabras precisas y genéricas excitando el mundo sensible en la subjetividad de la mente, y con la filosofía, plantearon meditadas teorías de la existencia resaltando principios y valores para el correcto funcionar individual y grupal.

Sin embargo, crearon también artes de guerra dispuestas para enfrentamientos de magnitudes mínimas familiares o amicales, hasta máximas de pueblos o imperios continentales. El infame interés de poder avanzó cogido de la mano del progenitor ego; la búsqueda de dominio era en lo económico, espiritual, político, influencia, información, interacción, entre otros del desenvolvimiento cotidiano, sin dejar pizca vacía; secaron a la semilla en su germinación. Sabios amigos, ustedes conocieron de sucesos innombrables, galas de la ágil capacidad superior humana dirigida a la triste destrucción. Realmente, la fe al destino glorioso humano, quedaba resquebrajado.

Sensatos viajeros, caminaron con mapa en el manto nocturno de los astros, llegando al alumbramiento del niño de espíritu divino, los mejores ánimos manifestaron y trascendencia en cielo-tierra, alcanzaron. Bien sabían del designio deparado de aquel neonato: La exaltación del amor ejercida para la salvación humana, era la semilla germinada.

A pesar del gran ejemplo, las masas prefirieron, bajo el reflejo del reloj del tiempo, mantener al ego pillado al poder, y con esa mayoría, el mundo ingresó a reiterativos círculos agonizantes del ayer hasta el hoy.

Mis queridos compañeros del existir, reyes magos, en su venida les pido con la esperanza de mi alma, brinden el agua celestial para germinar la semilla en el interior de toda esta especie excepcional, sin exclusión alguna, con esa agua de similar esencia al de la semilla, semilla posible de permitir una óptima sociedad, sociedad sin corrupción al velar por el bien de los demás como por el bien de uno mismo, con ese paso en el tercer peldaño luego del de la solidaridad y el del servicio: Semilla del amor. Porque es el Amor la sembrada en el corazón, la real expresión de la esencia de humanidad. Ese amor de acción verídica propia de los párvulos que comparten panes, sonrían a gracias compartidas o se emocionan al infinito al abrazar a un familiar esperado. Ese amor olvidado en la adultez adecuada a conductas sociales capaces de sabotear los principios y valores por falsas apariencias de ellas, con lenguas sagaces de argumentos redundando en pretextos.

Melchor de Persia, Gaspar de la India y Baltasar de Arabia, la confianza de mi deseo es en ustedes, pero está con idéntica magnitud en la gente, íntegramente componentes de mí, todos con la posibilidad de encontrar ese lugar preciso de luz, nacimiento del hijo de Dios en el centro de su ser, y por ello, todos aptos para iluminar el mundo con la germinación de la semilla innata de su naturaleza, traspasar el lumbral de la arena del reloj del tiempo y lograr la gloria universal en el amar.

Eso les pido, con el fulgor de mi amor al recordar fecha especial y hallar su venida, eso les pido.

Con el maternal amor de siempre,

α♥Ω

Alma Humanidad

Queridos Melchor, Gaspar y Baltasar:

Sé que lleváis a vuestras espaldas muchísimos años de peticiones bastante variadas, que os han gustado a veces más, a veces menos y, aún así, como siempre, regresáis de nuevo.

Es por ello que he decidido escribiros la presente carta, no para pedir os nada, sino para contaros que gracias a vosotros soy, hoy por hoy, quien soy. Si me lo permitís, me explicaré algo mejor y prometo no extenderme demasiado, pues soy consciente de que vuestro tiempo es tan escaso como valioso.

Uno de mis primeros recuerdos se remonta a una fría mañana del 6 de enero, cuando el olor a chocolate caliente inundaba la casa, convirtiéndose en el despertador más dulce que jamás he tenido. Tendría unos seis o siete años, bajé corriendo las escaleras, escuchando el crujir de la madera bajo mis descalzos pies (decidle a mamá que lo siento, siempre me gustó el frío, aunque quizás ahora entiendo su preocupación). A los pies del árbol, decorado con nuestras fotos familiares y envuelto en papel de mil colores, se encontraba la razón de casi toda una noche de desvelo.

Recuerdo por aquella época haber empezado mi incursión en el mundo de la lectura y aprovechaba los paseos al atardecer de la mano de mi madre para leer cada uno de los carteles que iba encontrando por las calles del pueblo.

Recuerdo el temblor de mis manos tras desenvolver de manera frenética el papel de regalo que ocultaba aquello que, desde ese día, pasó a ser parte de mi propio cuerpo, pues a todas partes iba conmigo; y mi voz al pronunciar las palabras como si de un hechizo se tratase: “El Prin-ci-pi-to”.

Creo que, si me lo pidiesen ahora, podría contarlo de principio a fin sin tener siquiera que mirar una de sus hojas. Lo leía antes de dormir, al amanecer cuando aún uno de mis ojos permanecía cerrado, en la bañera con el agua ya fría, en el coche de camino a cualquier parte, montada en la bicicleta verde haciendo malabares para que no se cayera de la cesta... Solo quería que me dejaran leer y leer.

Además de la lectura, tuve unos años más tarde otra gran pasión surgida a raíz de un nuevo mágico 6 de enero.

Aquella mañana, mi sorpresa fue mayúscula al bajar corriendo la escalera y ver una enorme caja tapando casi por completo nuestro árbol de navidad. La caja iba acompañada de una nota que aún conservo y que os dejo por escrito aquí (sé que fuisteis vosotros los autores, pero también sé que vuestra memoria no es ahora la de antaño). Así que, si me lo permitís, decía así:

“Se busca ayudante de mago que no tenga miedo a preparar las maletas para recorrer el mundo entero en busca de personas dispuestas a creer en lo increíble. Puedes estar segura de que verás lugares maravillosos, conocerás a personas fantásticas, llorarás, reirás hasta no poder más, aprenderás lecciones de vida en cualquier esquina, coleccionarás momentos inolvidables, pero sobre todo, deberás tener en cuenta que nunca, nunca, volverás a ser la misma, ¿te atreves?”.

Las palabras daban vueltas en mi cabeza mientras iba desenvolviendo el misterioso paquete. En su interior descubrí un maletín con todo tipo de artilugios para iniciarme en el mundo de la magia, una maleta de viaje verde, y un libro cuya portada captó mi atención al instante: un mapa del mundo dibujado con una auténtica explosión de colores. Montañas gigantescas coronadas de nieve; espesos bosques repletos de pájaros; desiertos infinitos con el atardecer como telón de fondo; lagos, ríos y mares tan brillantes que casi podrían dejarte ciego. Todo en una sola página.

Como era de esperar, pasé sumergida entre sus hojas horas y horas, días enteros, un mes tras otro y, aún hoy, sigue acompañándome después de muchos años.

Debo contaros que sí, me atreví. Me atreví a llenar la maleta verde porque os lo debía; por tomaros el tiempo para construir todo aquello que sabíais que me haría feliz.

Como comenzaba diciendo, os estaré eternamente agradecida por regalarme la libertad. La libertad de ir descubriendo quién soy a través de horas de carretera acompañada de horas de lectura, pues os escribo esta carta desde algún lugar perdido del mundo mientras miro las estrellas sobre el tejado de una furgoneta repleta de libros. Porque como mis padres me dijeron aquel primer día que me atreví: donde sea, pero ve.

Para finalizar, debo reconocer, y deseo que me perdonéis, que os mentí al inicio, pues sí hay algo que me gustaría pedirros: mandadle un beso a mamá y a papá.

Gracias por todo

por Robin

Queridos Reyes Magos:

Este año no voy a pedir nada. Sí, habéis leído bien. No voy a pedir nada. Durante todos estos años, me habéis regalado muchas cosas. Más de las que a veces merezco, he de reconocerlo. Así que esta vez, voy a ser yo quien os regale algo. Pero como aún voy al colegio, solamente puedo daros una cosa. La única que tengo. Mi cariño y agradecimiento.

Os doy las gracias por todos los años que habéis llenado mi vida de ilusión. Por todas aquellas noches de magia en las que me acostaba con el corazón acelerado y un hormigueo en el estómago, pensando en lo que me encontraría la mañana siguiente junto a mi zapato. Por ese primer peluche, que aún conservo en mi cuarto, sin importarme las posibles burlas de los demás. Por ese juguete que tanto deseaba y era casi imposible de conseguir. Por esa lección que me disteis cuando nos trajisteis exactamente lo mismo a mí y a mis hermanos, para que no discutiéramos. Por esa advertencia en forma de trozo de carbón en mi cuarto, acompañado de una carta de reprimenda, para luego descubrir que los regalos estaban en el salón. Por esa alegría que nos dabais cada seis de enero, sin importar las penalidades de la familia. Por todo el esfuerzo que os debe haber supuesto.

Sí, sé que os ha supuesto un esfuerzo. Porque os conozco. Sé quiénes sois en realidad. Que ya soy mayor.

Y descubrirlo no me ha supuesto ningún trauma ni ninguna decepción. Al contrario. Me ha hecho valorar aún más todo lo que habéis hecho hasta ahora. El esfuerzo que os tuvo que suponer traernos regalos cuando había problemas de dinero. La odisea que tuvisteis que pasar para conseguir ese regalo agotado en todas las tiendas, pidiendo ayuda a mis tíos a ver si lo encontraban en su pueblo. El aguantar todas las veces que me he portado mal y me he enfadado con vosotros. O el año que

os oculté un suspenso en la primera evaluación, pensando ingenuamente que no os ibais a enterar. Y aún así, pese a todo, no me dejasteis sin esa gran noche.

Ahora me doy cuenta de que he recibido más de vosotros de lo que yo os he dado. Y no hablo solamente de regalos, no. Me habéis dado cosas mucho más importantes. Abrazos cuando estaba triste. Consejos cuando los necesitaba, aunque no hiciera caso. Paciencia cuando tenía un berrinche y consuelo cuando se me pasaba. No hay mayor regalo que el amor, sacrificio y comprensión que habéis demostrado durante toda mi vida.

Así que, a partir de ahora, intentaré hacer lo propio. Intentaré portarme bien. Y cuando no lo consiga, me esforzaré por no enfadarme cuando me regañéis. Porque seguramente tendréis razón.

Este va a ser mi regalo para vosotros, mis verdaderos Reyes Magos.

Os quiero.